SE FUE, PERO SE QUEDÓ

¡¡Qué complicado de entender es la partida de una persona a la que queremos y, por desgracia (¿o por qué no por suerte? -el tiempo lo dirá) son muchas las personas que se están yendo, esperemos que, por la misericordia de Dios, a ese lugar de PAZ perpetua, de VIDA sin fin, sin dolor y sin muerte, que llamamos cielo.

No sé si acertadamente o no, una de las cosas rescatadas de mi casa fue una foto de Meli. Me vienen demasiadas cosas a la cabeza al recordar todo aquello, pero las vivo desde el ser muy consciente de que mi vida de ahora es muy diferente: la situación es más apacible, mi convivencia (a pesar de mis manías-varias) es buena, …. vaya, que vivo como un jubilado, es decir, del júbilo, es decir, de la alegría de continuar pudiendo compartir la vida y sirviendo – no siempre de buena gana – "a lo que toca", pero es lo que hay.

Mi complejo de Diógenes me lleva a archivar cosas por ahí en la esperanza de que algún día me sirvan y este es el caso. Por aquel entonces Toño me mandó unas palabras que quizás, para quien haya perdido a alguien recientemente no le digan demasiado, o quizás sí, Dios sabrá. Toño me escribió:

Dice el libro de Job que cuando le vieron sus amigos se sentaron junto a él y estuvieron siete días y siete noches sin pronunciar una sola palabra al ver lo atroz de su sufrimiento...

Comparto, con emoción y esperanza estos versos

Desde el cielo nos miras,

desde el corazón nos hablas...

espera...

algún día seremos alabanza

y juntos cantaremos la gloria de ser hijos, ser hermanos,

ser sonrisa y fragancia,

ser brisa fresca, ser flor,

ser ave, ser llama...

en las manos del Padre nos encontraremos,

espera, reza, canta...

desde aquí: un ¡te quiero!,

un hasta luego!,

y un gracias!

Unos días después, me comentaron que una niña Anny, a 9000 kms. de distancia, que había estado rezando por Meli desde que se enteró de que estaba enferma, lo estaba pasando mal al enterarse de que se había ido a la casa del Padre y escribí un cuentito en el cual Tikus, un topillo, intenta hacerle entender ese viaje. Tal vez nos sirva a todos a vivir con PAZ y con esperanza esta “salida masiva” hacia el otro lado, sobre todo de cara a los niños.

Y Tikus dijo

¿Sabes una cosa? dijo Tikus, como pensando en voz alta. Los humanos vivís la vida como os parece, pero tenéis mucho miedo a moriros.

¿Qué es eso de morirse? preguntó Anny desde la ingenuidad de sus pocos años. No entiendo lo que me dices, volvió a decirle al topillo con cara de necesitar una explicación y ojos cansados como de no haber dormido en toda la noche.

¿Me lo explicarás? dijo Anny. Bueno, Anny era una niña y estaba sentada debajo de un arbolillo; era una de tantas amigas que había logrado hacer Tikus tras aparecer por la huerta de aquel pueblo.

Y Tikus empezó a hablar. Mira, el morirse es una de las cosas que nos pasan a todos en la vida, pero podemos decir que es como si alguien hiciera un largo viaje y supiéramos que está lejos y además no tenemos teléfono para poder hablar pero sabemos que seguro, seguroooo, seguroooooooo van a estar bien del todo. Solo dejamos de ver a nuestro amigo o a quien sea como nos estamos viendo tú y yo ahora.

Claro, dijo Anny. Para ti es muy fácil, eres un animal y además casi no ves, pero para mí no es lo mismo, yo me acuerdo y me pongo triste por no poder ver a mi amigo.

Es verdad, añadió Tikus, pero nosotros sentimos eso como los demás y aunque a veces nos ponemos tristes cuando los amigos se nos van, sabemos que hemos de estar contentos porque van a estar muy, pero que muy bien y mientras les sigamos queriendo ellos se habrán ido, pero siempre estarán con nosotros.

¡¡No entiendo nada!! dijo Anny meneando la cabeza. ¿Cómo se van a ir y a quedarse? ¡¡Es imposible!! Si te vas pues te has ido, no puedes irte y no irte a la vez, eso es una tontería.

Verás, dijo el topillo. Tu a la mañana vas a la escuela y tu madre se va lejos a trabajar. Tu no la ves, se ha ido, pero tú sabes que te quiere y tú a ella. ¿A que sí?

¡¡Pues claro!! Dijo toda seria la niña. Aunque no la veo sé que está en algún sitio, se ha ido en el autobús y sé que me sigue queriendo y se preocupa por mí, por si estaré bien, si mi alergia me dejará pasar buen día, … ¡todo eso!

Pues eso mismo sucede cuando se van más tiempo, cuando hacen un viaje largo largo que vosotros llamáis morirse. Y mirando al cielo, con su poca vista, vio un gran arco iris que terminaba en una gran nube gris.

¡¡Anny!! ¡Mira al cieloooo!. El sol no está, solo hay nubes de gotas traviesas que van a caer y nos vamos a mojar pero el sol, aun así, las quiere y les da su luz y por eso les regala el arco iris.

¡¡Qué chuli!! Dijo Anny con la boca abierta en plan papamoscas.

En estas estaban, cuando la nube les hizo un guiño, como si se hubiera enterado de la conversación, y les regaló, solo para ellos, una lluvia muy especial, una lluvia de gotas de colores, muchas gotas y de muchos colores pero que no les mojaban sino que como confeti, iban cayendo y cayendooooo y cayendoooooooooo y desaparecían entre la hierba y rápidamente brotaban flores como si la tierra quisiera agradecerle al cielo aquella lluvia tan especial.

Y Tikus cayó en la cuenta de lo que había dicho y para sus adentros se puso a pensar: ¿Será por eso que con las lluvias de primavera el suelo se llena de flores de colores? ¿Será que alguien que se nos fue, para recordarnos que sigue cerca, para que nunca estemos tristes y nunca la olvidemos, nos manda en forma de gotas de lluvia de colores nacidas del cariño entre los rayos del sol y las nubes, ese recado de que sigue viviendo con nosotros mientras nos esforcemos por seguir disfrutando la vida?

A su vez Anny miraba admirada el cielo y el jardín y de reojo, pero con mucho cariño al topillo y sólo pensaba en la suerte que tenía ella de tener un amigo así pero también le daba un poco de lástima de que Tikus no pudiera ver la maravilla de las flores, de la hierba, de los colores del arco iris porque los topillos casi no ven ¿o sí?

==========000000=====

Señor Dios, somos poca cosa, jugamos a ser dioses, creemos que todo lo podremos resolver, y como a quienes ponían adobes en la Torre de Babel quizás nos hacía falta una cura de humildad y cuando llega…buffffff ¡cómo duele!

Sé Tú Señor quien nos calmes, quien nos hagas ver como a Bartimeo que hay alguien al otro lado de nuestra ceguera y, como diría el Principito, “lo esencial es invisible a los ojos” pero otras veces son las lágrimas las que no nos dejan ver. Como otros días, solo se me ocurre decir:

> *Espíritu Santo, que no me canse de luchar, que no me canse de esperar, que no me canse.*
>
> *Tú eres mi esperanza, en ti he puesto mi confianza. Me basta saber, que tú eres el Señor de la historia para seguir adelante.*
>
> *Tú tienes tus tiempos, tus tiempos son perfectos. La hora de Dios llegará.*
>
> *He hecho todo lo posible, he intentado tantas veces, no puedo más. Veo mis límites, mi insuficiencia. Ha llegado tu turno. Toma el timón. Tendría que habértelo dado desde el principio…*
>
> *Te suplico, Espíritu Santo, que intervengas. Tú sabrás la hora, la manera, la dirección. Confío en ti.*

UNA SEMANA SANTA DISTINTA

Ha llegado la Semana Santa. Estamos en Semana Santa. Hoy es Domingo de Ramos y empieza la Semana Santa.

¡Qué poco se escuchan estos días esos típicos-tópicos diálogos:

- "Yo esta semana santa voy a hacer…"

. - Pues "yo esta semana santa voy a ir…".

- ¿Siiiiii?, ¡¡qué bien!!

* "Pues nosotros ya tenemos los billetes… y el hotel reservados en…".

** Yo este año no, "mis hijos salen de nazarenos en …. y es muy emocionante". "Se le ponen a uno los vellos de punta cuando pasa la Virgen…. y la gente le tira flores, le canta…" y "ya, el silencio de la procesión de las 5 de la mañana es-…".

+ "¿Viste a …? con…. en el balcón de…?

++ Bueno, ya sabes, algunos hacen el agosto con esos alquileres"

Y se podría seguir con todo eso que se oye cuando se habla de la semana santa (si, con minúsculas) porque la otra Semana Santa es diferente. Basta algo tan ínfimo como un virus para dar al traste con planes, planos, ideas, viajes, procesiones -salvo la que va por dentro, que esa no tiene horario de salida previsto – trajes, mantillas, carreras, cirios, nazarenos, tronos, palcos, sillas, tumbonas, playas etc. etc. y, lo que es mucho más triste: con la vida de muchos, la salud de muchos más, el trabajo de muchísimos más y la economía de muchísimas familias.

Esta va a ser una Semana Santa diferente: por razones ajenas a nuestra voluntad va a ser de recogimiento, de silencio, de oración incluso para quienes no creen. Va a ser de vida familiar incluso para quienes ponían excusas para no tener que "aguantar a los niños". Me duele pensar en la continua semana de pasión de quienes viven a diario golpeados (hombres, mujeres, niños, ancianos, adictos a…) dentro de sus casas y han de tener que soportar "este encierro" junto a quienes los atemorizan y maltratan (parejas, padres, madres, hijos…). No menos dura será la de quienes han de afrontar el continuado ayuno para que para sus hijos solo sea abstinencia.

Y en medio de todo este revoltijo de ideas y de sentimientos, en cualquier cadena de radio o TV, al hacer zapping, mezclada con estadísticas del avatar del COVID se escucha que "Jesús muere por amor", "Jesús nos amó primero", "Dios nos ama tanto que mandó a su Hijo a salvarnos" y que "la señal del Amor de Dios es la Cruz".

No me resulta nada complicado meterme en la habitación de cualquier hospital, colocarme al lado de muchas camas de quien está viendo que su vida se acaba y dejar volar mi mente. ¡Que duro es estar en ese trance!, pero ¡qué "cuasi-inhumano" es hacerlo solo!, saber que nadie estará allí, junto a tu cruz, para consolarte cuando desde el fondo del ser lances una mirada para la que no hay respuesta: "Dios, ¿por qué me has abandonado?" "¿Para qué tanto sufrimiento, tanta muerte, tanta enfermedad, tanta

soledad? ¿Para qué te sirven mi llanto, mi angustia, mi miedo a morir? Y la respuesta es: silencio.

Es difícil pensar que es cierto aquello del “nadie te ama como yo” cuando se vive en medio de la enfermedad, de la impotencia, sin una mano amiga ni una mirada de consuelo. ¡qué difícil es hacerlo cuando se te debates entre los porqués sin respuesta, los para qué sin razones, los cómo con una sola respuesta ilógica: la cruz.

En todo este darle vueltas, hoy que empieza la Semana Santa, resuena en mi mente la melodía del “nadie te ama como yo” y metido en cualquiera de esas camas de hospital, en el aislamiento de la residencia, en la soledad del anciano que vive solo, se rebela contra algo sin sentido, contra un amor que se expresa hoy con dolor, con formas contra las que la naturaleza y la mente humanas la emprenden a golpes, golpes de reproche y de queja, con gritos silenciosos a pleno pulmón, con llanto desde la vivencia de ver llegar el final, sin fuerzas ni esperanza, a solas con su soledad: “Padre, ¿por qué me has abandonado?”.

Y sigue resonando en el interior del que aún mantiene un poco de fe el eco de la melodía “porque nadie te ama como yo”.

Y en la debilidad, como el animalillo que quedó atrapado en la red del cazador se retuerce, tira, lucha, pelea, muerde, araña, grita, llora, se agita, busca la forma de liberarse de la trampa hasta el último aliento, pero es inútil. ¡Cuántas veces no lo hemos visto! Incluso nos atrevemos a opinar que es peor, que va a sufrir más, que será más doloroso y que es un gasto de energía inútil. Ese precisamente es el momento en que Jesús gritó: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. ¡Es la rendición total!

En lo más profundo de nosotros mismos, sentimos que no lo deseamos, que es que nos fallan las fuerzas, que no nos rendiremos, que pondremos cara como el niño pequeño que haciendo un puchero espera que el padre cambie de idea y le levante el castigo por haberse comido las gominolas sin permiso antes de comer.

“¡Qué fácil decirlo cuando yo estoy bien!” pero ¡Qué difícil es pensar que es “porque Dios interviene para bien” y “quiere lo mejor para sus hijos” y que tras lo que no nos gusta debe de haber algo buenísimo que dé sentido a todo este mundo de dolor, para que por encima de la impotencia siga resonando el “porque nadie te ama como Yo”!

Aunque con una fe menor aún que un grano de mostaza -que ya es decir – aunque ni lo vea ni lo sienta tan bonito y me asuste pensar que todo eso me puede pasar a mí, aunque lo haga con la boca pequeña, muchas veces no queda más remedio y no ME quedará otro remedio que aceptarlo: ¡es ley de vida!, como es señal de esperanza pedir “incluso con gritos y lágrimas” que se produzca el milagro.

Hasta entonces solo queda la espera, la disponibilidad, el estar ahí, listos a echar una mano, con el deseo vivo de que todo mejore. Seguir derrochando la paciencia que creíamos acabada y que nadie sabe por qué aún queda como el aceite y la harina de la alcuza de Sarepta. Y la oración hecha de retazos de silencio cargados de interrogantes, cabezadas en la madrugada de las que se despierta uno sobresaltado con el reproche

compasivo y pesaroso del “¿no has podido velar una hora conmigo y acompañarme en mi angustia?”, con los ojos cargados de impotencia como aquellos tres de Getsemaní.

Solo queda la voluntad de seguir ahí mientras se pueda porque es lo que hay, porque creemos en el compromiso-alianza de Dios con cada uno, incluidos los que morimos de sed en el desierto y sentimos el hambre, los que caemos envenenados por las picaduras de las serpientes de nuestro mundo y buscamos el estandarte sanador. Aunque nos cuesta, queremos seguir anclados precisamente por esa cruz que la mente niega que sea un signo (y nada menos que de salvación), con el miedo y la poca fe a cuestas y conservando en nuestra barca, inundada y zarandeada por las circunstancias, ese poco de esperanza de que el buen Dios tenga a bien concedernos el poder cantar desde lo hondo del corazón y a pleno pulmón con nuestra vida aquello del “porque nadie te ama como Yo” en unión con quienes ya han pasado de este mundo al Padre y conocen las respuestas a los “por qué”.

Espíritu Santo, que no me canse de luchar, que no me canse de esperar, que no me canse.

Tú eres mi esperanza, en ti he puesto mi confianza. Me basta saber, que tú eres el Señor de la historia para seguir adelante.

Tú tienes tus tiempos, tus tiempos son perfectos. La hora de Dios llegará.

He hecho todo lo posible, he intentado tantas veces, no puedo más. Veo mis límites, mi insuficiencia. Ha llegado tu turno. Toma el timón. Tendría que habértelo dado desde el principio…

Te suplico, Espíritu Santo, que intervengas. Tú sabrás la hora, la manera, la dirección. Confío en ti.

UN ENCUENTRO – UN REFUGIO

Paseaba una tarde a mi paso de siempre, es decir, a paso marcha rápida. En la calle bastante gente porque había salido uno de esos días con temperatura agradable. Una pequeña corría feliz de la vida con esas carreras emocionantes de quien comienza a ver el mundo desde la altura que le proporciona el estar de pie. Iba de un lado para otro, en plan balancín, despreocupada, decidida a irse lejos, pero manteniendo en su radar bien localizada a su madre que, en la distancia, "vigilaba" complacida las correrías de su pequeña.

Como suele suceder en quien está aprendiendo a caminar, los pasos eran un poco "así-mismo-de-aquella-manera", toda ella era un ser corretón vacilante, inestable en casi todo menos en su decisión de continuar su aventura. Se movía más rápido de lo que debiera hacerlo quien, como decía antes, no ha mucho tiempo terminó el gateo. Allá que iba y volvía entre el arranca y el para, entre el mira a mamá para ver si estaba "con cobertura" o si debía detenerse. Una parada de unos segundos, una sonrisa de satisfacción, apretar con los dientes el chupete, tomar impulso, y un nuevo "qué divertido es correr" puesto en marcha.

Su cara era de superesfuerzo y sonrisa de campeona mundial de los 20 mts. obstáculos. Avanzaba a pesar de todo como si el sortear a los viandantes no fuera otra cosa que un videojuego y cada paso el ir a la siguiente pantalla. Y a lo lejos, entre medias todas las piernas de los viandantes, la capacidad de diferenciar la sonrisa de mamá.

En una de estas, me la encontré a un metro. Me quedé inmóvil para evitar que, si arrancaba, chocara y pudiera hacerse daño.

La cara de la niña cambió ipso-facto. Un instante fue lo que transcurrió entre la sonrisa y el pucherito que anunciaba "susto-cuasi" llanto. La miré entre divertido y expectante por ver su reacción, con esa cara que ponemos los adultos para observar a los pequeños y ver sus reacciones.

Miré a la madre. Un instante fue suficiente para hacernos cargo de la situación y esperamos el desenlace, que no tardó en producirse. Como activada por un resorte se dio media vuelta y emprendió la huida de regreso al punto donde estaba la madre, la cual, a medida que se acercaba su retoño iba adoptando una posición adecuada para de recibirla, o mejor, para acogerla.

El encuentro fue de lo más normal: Madre que acoge entre sus brazos a la hija que vuelve asustada, que la abraza, que la levanta del suelo, que le ofrece su hombro, que con la sonrisa y la caricia intenta dar seguridad a la pequeña mientras, seguramente, le susurraría que todo estaba bien, que no pasaba nada, que ya se había acabado, que ya estaba con mamá.

La cara de la niña a punto de llorar de puro susto era una estampa de lo más simpática. El guiño de la madre fue nuestra despedida mientras ella continuaba dejando ir la mano sobre el cabello de la niña. Ellas se quedaron, yo retomé la marcha. Y ahí terminó la historia.

Eso pensaba yo. Ahora que lo recuerdo, si coloco aquello en el contexto de lo que estamos viviendo, del problema que tenemos en plena ebullición, de sus dimensiones y de nuestras impotencias, por ahí dentro, me surge la pregunta: ¿Qué me está diciendo aquello que sucedió hace algunos años?

Siendo algo tan habitual de ver por las calles, algo tan simple como un encuentro con una criatura que quiere correr cuando está empezando simplemente a mantener el equilibrio y a caminar. La simple pregunta, ante el recuerdo, da paso a una voz que sigue: ¿Solo es eso? Pues…gente que iba y venía, que caminaba con más o menos prisa o que paseaba aprovechando el buen tiempo. Lo que se ve cualquier día.

De repente el razonamiento va tomando forma a la sombra de un nuevo interrogante: ¿Qué me dice lo que vi? Pues…una niña que iba por la calle, que disfrutaba de su tarde, que caminaba, que corría, que mantenía contacto frecuente con su madre a la que miraba de vez en cuando, que estaba pendiente de sus reacciones y de sus deseos, de sus expresiones que hacían innecesarias las palabras, etc.

Poco a poco he ido cayendo en la cuenta de lo que me iba sugiriendo aquello que sucedió: cuando llegó el encuentro con una dificultad enorme, cuando se topó conmigo en medio de su camino, su contrariedad, su obstáculo, era de un tamaño enorme para ella. Su tristeza por no poder seguir avanzando ante las dimensiones del problema que se lo impedía, no la dejó paralizada, tampoco la impulsó a intentar moverme, sino que su reacción fue instantánea: sin dudar fue a refugiarse en los brazos de su madre.

La pregunta real es: ¿Qué hago (hacemos) cuando tengo problemas de esos que considero enormes? ¿Intento resolverlos yo o con mi actitud demuestro que solo desde la confianza ciega en Dios puedo hacerlo? Claro que quizás debería preguntar previamente si Mantengo una relación continua con Dios o solo lo busco cuando hay problemas, cuando necesito un fontanero o un electricista porque hay un cortocircuito en mi vida.

La decisión de la niña era continuar, pero dio marcha atrás. No era lo que quería hacer, pero no le importó dar media vuelta, olvidarse de sus planes y regresar al abrazo de la madre. ¿Yo pretendo que el problema desaparezca, que se resuelva según mis criterios? ¿soy de los que le exijo a Dios que se desaparezca el obstáculo? o soy capaz de abandonar mi proyecto para tener una perspectiva diferente desde los brazos de Dios? La madre no habló, solo esperó como el Padre de la parábola a que llegara la hija, no dijo nada, no la llamó, no hizo falta. ¿Soy capaz de escuchar en el silencio, aunque haya mucho ruido a mi alrededor?

Desde la posición de la niña, desde su mirar, yo era enormemente grande, insuperable, desde los brazos de su madre, por cierto, más alta que yo, desde la seguridad de estar con su madre, seguramente su percepción de mí y de mi tamaño sería diferente: yo ya no era un gran obstáculo, era alguien a quien ella ya podría mirar desde arriba y la protección de su madre seguramente le daba seguridad, confianza.

Vivimos una situación que nos sobrepasa. Vivíamos cuasi felices. Teníamos nuestras seguridades, nuestros planes, no necesitábamos más que ponernos en marcha, total Dios sabemos que está ahí, pero a diferencia de la niña, no pedimos permiso para salir a la

aventura, sino que allá vamos porque muchas veces nos consideramos seguros de nosotros mismos y nuestros recursos. Olvidamos que somo débiles, que podemos caer, que no siempre vamos a salir ilesos y cuando llega el dolor, en vez de reconocer nuestra imprudencia, reaccionamos echándole la culpa a Dios que no hizo desaparecer el obstáculo o lo sentimos como un castigo y tampoco hemos sido tan mala gente. ¡Menudo Dios bueno al que no le importa que nos caigamos y nos hagamos un raspón en nuestro ego! Y ¿quién nos cura? Y ¿nuestros proyectos qué?

Y me viene a la mente algo que se escucha y se lee muchas veces: No le digas a Dios que tienes un problema, dile al problema que tienes a Dios.

Espíritu Santo, que no me canse de luchar, que no me canse de esperar, que no me canse.

Tú eres mi esperanza, en ti he puesto mi confianza. Me basta saber, que tú eres el Señor de la historia para seguir adelante.

Tú tienes tus tiempos, tus tiempos son perfectos. La hora de Dios llegará.

He hecho todo lo posible, he intentado tantas veces, no puedo más. Veo mis límites, mi insuficiencia. Ha llegado tu turno. Toma el timón. Tendría que habértelo dado desde el principio…

Te suplico, Espíritu Santo, que intervengas. Tú sabrás la hora, la manera, la dirección. Confío en ti.

YO TUVE UN SUEÑO.... PORQUE SOÑAR ES GRATIS

"La única forma de descubrir los límites de lo posible, es yendo más allá de ellos, a lo imposible" (Arthur C. Clarke)

Hace unos cuantos años, un americano, movido por su fe en Dios y la necesidad de hacer algo por sus hermanos, luchaba por conseguir, de forma pacífica, la igualdad, que se respetaran los derechos de cualquier persona, independientemente del color de su piel, buscaba mejorar las condiciones de vida de los negros en USA. Ese personaje era Martin Luther King y aquel sueño le llevó a pelear, a luchar, a sufrir, a rezar, a.… la muerte en Memphis en 1968 cuando pretendía extender su sueño a lo largo y ancho de su país.

Se pueden encontrar muchas historias, fábulas y cuentos en los que se pone de manifiesto que solamente aquellos que son sordos o hacen oídos sordos a algunos comentarios que les llegan desde su entorno incluso a los suyos propios, son capaces de mantener la constancia y lograr metas inimaginables, superando los mayores impedimentos, complicaciones, sufrimientos…. ¿Sería acertado pensar nosotros mismos somos los obstáculos, los únicos capaces de hacer que nuestros sueños no se transformen en realidad?

A nivel personal, quizás a otras personas también les haya sucedido, son bastantes las ocasiones en las que, cuando las cosas con las que me he ilusionado no me salen como yo había pensado, la sensación de "desánimo-fracaso" aparece y se pierde la ilusión, nos negamos a empezar de nuevo o a seguir luchando por aquello que en su momento anhelamos, aquello que llegó a ilusionarnos y decimos que es porque "no queremos volver a sufrir".

Cuantas veces no nos ha sucedido que MIS planes y MIS decisiones pasan por el filtro de MIS deseos, o sea los "MIS", es decir, mis padres, mis hermanos, mis hijos, mis amigos, mis…, mis… Han de ser y estar como YO quiero que estén, que a ellos no les pase nada, que sean felices (tal como veo yo la felicidad, que lógicamente va cambiando con el tiempo), que no les falte nada de eso que YO considero importante. ¿Quién no conoce a alguien que perdió su fe porque el cura…? ¿Quién no perdió la fe porque a algunos de esos MIS les sucedió algo que YO no quería o cuando YO no quería? Las cosas de Dios, las formas de Dios son cuando menos extrañas y nos provocan cortocircuitos, pero nos guste o no, Él es Dios. Y como ejemplo "la resurrección de Lázaro". Jesús va a su ritmo. Cuando nuestros MIS se acaban empieza Él a hacer las cosas

Suena a la parábola del Hijo pródigo: "ese hijo tuyo que se portó mal, que se lo ha pasado pipa, que tantos disgustos te ha dado, ahora viene y lo vuelves a tener en palmitas ¿y YO qué? O aquella otra de los viñadores: Es que "YO he trabajado desde la salida del sol, me he ganado el sueldo, he sudado la gota gorda ¿y tengo el mismo pago que ese que solo ha tenido que amontonar los cestos vacíos porque se acabó la faena a los diez minutos de llegar? Es que YO me porté bien toda la vida y este, en el último momento pide perdón y va a la casa del Padre antes. ¡No es justo!

Es frecuente escuchar hablar a personas que cuando han tenido una desgracia (un fallecimiento de alguien próximo, pareja, hijos, un terremoto, una inundación en al que lo

perdieron todo...) donde antes hablaban de fe y esperanza ahora te dicen que ya su vida no tiene ningún sentido y se sienten “abandonados” por Dios, con la mente aferrada a su dolor, a sus “agujero afectivo”. Y buscan soluciones ideológicas, mentales, psicológicas: “Hay que ser positivos” les dicen, “hay que pensar que todo acabará, que todo mejorará, que hay que rearmarse y levantarse cada mañana con la esperanza de que ese día va a ser distinto, mejor”. Pero vamos con la mochila del dolor y nos tambaleamos, y en esos momentos o buscamos apoyos fuertes que nos ayuden a ver dónde están (deben estar) nuestros cimientos y seguir mirando al cielo “de donde me vendrá el auxilio” o llegará el agotamiento.

De hecho, pedimos ayuda al “buen Dios” para que aquello que emprendemos salga bien mientras nos olvidamos de preguntarle antes si eso que nos proponemos entra en SUS planes para nosotros o si, por el contrario, hemos de dejarlos de lado por muy interesante que nos parezca o nos digan e incluso soportar que nos llame inconscientes. Si MI negocio sale bien, me olvido incluso de agradecérselo al “Buen Dios” pero ¡Ay como salga como no quiero! Olvidamos que SUS maneras y SUS tiempos no son los nuestros y SUS cuidados llegan cuando ya no hay otro remedio y cuando para nuestra cuasitodopoderosa ciencia nunca tendrá respuesta.

Hace años le decía todo esto a una persona cercana que frecuentemente se lamentaba de la muerte de su esposa. Siempre decía que esa era la cruz de debía llevar toda su vida cuando la realidad era que se quedó allá, anclado en aquel momento de la muerte de su esposa o en todo caso, no llevaba la cruz, vivía centrándose en sí mismo, sobrevivía caído aplastado por el peso de aquella “su cruz” y sin deseo de levantarse, tal vez por comodidad o por el miedo al peso de la verdadera cruz de cada día, al temor a tener que caminar hacia adelante sin excusas.

Cabe la posibilidad de que tanto en los casos que he comentado, como en el mío propio, nos falta responder con sinceridad y ante el Señor, a las preguntas fundamentales, a cosas como “¿Para qué estoy en este mundo?”, “¿Qué quiere Dios de mi?”, “¿Para qué me ha puesto aquí y ahora?” Sólo me pide que me fie, que no tenga miedo, que “a los que Dios destinó desde un principio, también los llamó; y a los que llamó los hizo justos; y a los que hizo justos les dio parte en su gloria” (Rom. 8, 30) y por una razón simple, porque “somos como un espejo que refleja la gloria del Señor y vamos transformándonos en su misma imagen (de Cristo) porque cada vez tenemos más de su gloria, y esto por la acción del Señor, que es el Espíritu”. (2 Cor 3, 18).

Entonces, y dado que la ayuda y el apoyo y la protección del Señor no nos van a faltar, queda optar, decidir y esa acción es personal e intransferible, y los demás pueden ayudarnos, apoyarnos, animarnos, acompañarnos, interceder, orar por nosotros, pero la respuesta, el creer, el confiar, el sí, la conversión y el cambio nadie puede hacerlo en nuestro lugar.

Habrá fracasos, habrá caídas, habrá miedos (muy humanos), habrá desiertos, habrá vías dolorosas, habrá cruz, pero el final de la cruz no es morir, es resucitar para que el Señor Dios sea glorificado, porque Dios se manifiesta en la debilidad, es el tesoro en vasijas de barro que decía Pablo, y cuando somos débiles para continuar el camino, es cuando

somos fuertes, porque será la fuerza de Dios la que nos lleve porque si aceptamos la propuesta del plan de Dios, hemos de caminar por la vida “mirando a los montes/a lo alto, que es de donde me vendrá el auxilio” (Sal 120) porque buscar al Señor sinceramente supone cambiar el chip dado que “los planes del Señor no son nuestros planes y sus caminos no son nuestros caminos y sus propósitos para cada uno de nosotros están tan distantes como lo están el cielo de la tierra (Is 55, 9).

Espíritu Santo, que no me canse de luchar, que no me canse de esperar, que no me canse.

Tú eres mi esperanza, en ti he puesto mi confianza. Me basta saber, que tú eres el Señor de la historia para seguir adelante.

Tú tienes tus tiempos, tus tiempos son perfectos. La hora de Dios llegará.

He hecho todo lo posible, he intentado tantas veces, no puedo más. Veo mis límites, mi insuficiencia. Ha llegado tu turno. Toma el timón. Tendría que habértelo dado desde el principio…

Te suplico, Espíritu Santo, que intervengas. Tú sabrás la hora, la manera, la dirección. Confío en ti.